

economía negocios

Un fantasma recorre el mundo: el populismo. En los últimos meses, resultados inesperados como el referéndum británico o la victoria de Donald Trump han sido explicados por la insatisfacción de la población o su temor ante el futuro. En Gran Bretaña distritos tradicionalmente laboristas se inclinaron por el 'brexit'. En los Estados Unidos, Trump ganó en estados donde la clase trabajadora blanca apoyaba a los demócratas. ¿Qué está ocurriendo?

Una parte de la explicación tiene que ver con el escaso aumento que en las últimas décadas han tenido los ingresos de la mayoría, mientras el grupo de renta más alta, los ricos, han mejorado sustancialmente. Según los datos de Emmanuel Saez, de la Universidad de California en Berkeley, entre 1993 y 2014 los ingresos de los norteamericanos mejoraron en promedio un 20,6%. Si se separa a la población en dos grupos, el contraste es espectacular. El 1% de ingresos más altos (los ricos) incrementó sus ingresos un 80%, mientras que el 99% restante solo lo hizo un 10,8%. La polarización de los ingresos hace que una parte sustancial de la población se sienta defraudada, con bajas expectativas, seguramente enfadada, y por lo tanto susceptible de abrazar opciones políticas que ante problemas complejos ofrecen respuestas simples y aparentemente esperanzadoras.

La desigualdad ha sido un tema del que los economistas se han ocupado de manera muy diversa.

El fantasma del populismo recorre el mundo con victorias inesperadas del 'brexit' en el Reino Unido y de Donald Trump en las presidenciales de EE. UU.

Una de las razones puede estar en el escaso aumento de la renta de la mayoría de los ciudadanos, mientras crece la de los más ricos.

El análisis del experto

por Vicente Pinilla*

Desigualdad

Fue central en Marx y su crítica a los economistas clásicos británicos, porque, en su opinión, el capitalismo conducía a una sociedad en la que contrastaba la miseria de muchos con la riqueza de unos pocos. La clara mejora del bienestar desde mediados del siglo XIX en los países occidentales y el giro dado a la teoría económica por la escuela neoclásica marginó este tema. El nobel de economía Simon Kuznets lo rescató hacia 1950, formulando una hipótesis sobre la relación entre crecimiento y desigualdad a lo largo del proceso de desarrollo económico. Así, en las primeras etapas del desarrollo se

incrementaba la desigualdad y posteriormente se volvía al nivel inicial, siendo las diferencias de productividad inter e intra sectoriales la principal explicación de esta trayectoria. Además, el ascenso de las filosofías igualitarias, concretadas en los países occidentales sobre todo en la construcción del estado del bienestar también había ayudado a corregir la desigualdad.

Posteriormente, historiadores económicos como Peter Lindert o Jeffrey Williamson trataron de verificar históricamente la hipótesis de Kuznets, así como también hicieron otros economistas con da-

tos de corte transversal para el último cuarto del siglo XX. Los resultados no fueron totalmente concluyentes y la validación se produjo más para la reducción de la desigualdad que para su incremento en las primeras etapas de la industrialización.

La investigación en torno a la desigualdad se ha convertido en un nuevo y fructífero campo, en el que economistas como Emmanuel Saez, Branko Milanovic o Thomas Piketty han aportado un enorme volumen de nuevos datos e hipótesis teóricas. Sin duda, el libro de este último, 'El capital en el siglo XXI', ha marcado un hito con

más de un millón y medio de ejemplares vendidos hasta enero de 2015. Se trata de una sólida investigación histórico-económica sobre la evolución de la desigualdad en los países avanzados, que ha constatado que esta fue muy alta hasta la primera guerra mundial y se redujo desde su final hasta aproximadamente 1980. Desde esta fecha Piketty apreciaba de nuevo un severo incremento. Su explicación tiene que ver, principalmente, con el hecho de que el incremento del rendimiento del capital tiende a ser a largo plazo mucho más rápido que el de la renta nacional, lo que dado que el capital está más desigualmente distribuido genera desigualdad. Solo un rápido ritmo de crecimiento económico, como ocurrió entre 1950 y 1973, o políticas públicas que favorezcan la redistribución pueden revertir la tendencia. Para Piketty, el principal problema de la creciente desigualdad es que amenaza la propia democracia al proporcionar a los ricos una influencia desmesurada en la toma de decisiones. Por ello, propone un impuesto global y progresivo sobre la riqueza, que sin desincentivar a los innovadores, redistribuya esta.

Reducir la desigualdad constituye por lo tanto, no solo un reto ético para nuestras sociedades sino algo imprescindible si queremos preservar nuestros sistemas democráticos. La alternativa es injusticia, insatisfacción y un crecimiento de las tentaciones populistas.

*Catedrático de Historia Económica de la Universidad de Zaragoza

